

no puede hacer el milagro de que brote nuevamente y dé frutos de virtud. ¿No son los noviciados la fuente y raíz de las comunidades? ¿Y no hay noviciados donde las alumnas oyen murmurar de las preladas y de sus mandatos? ¿No hay novicias que desde los primeros meses se ven solicitadas por las prefeas á formar en el bando de la Superiora ó en el otro, como si el convento fuera un parlamento liberal, donde unas viven de la oposición y otras del mando, hasta que se vuelven las tornas? ¡¡¡Horror!!! Esto pasa, y donde pasa, ha entrado ya la maldición de Dios y el espíritu de rebelión domina á sus anchas.

Estos efectos tan horribles, estos tremendos estragos, tienen su principio en las *antipatías, prevenciones y envidias*; chispas que, si no se apagan pronto, hacen de las comunidades donde prenden un campo de Agramante, un incendio espantoso de aversiones y rencores, una imagen del infierno y un camino seguro para ir á él. ¡Cuántas infelices religiosas habrán caído en sus abismos corriendo por esa vía! Librenos Dios de semejante desgracia y aleje de nuestro corazón y de nuestra mente las prevenciones y los celos, principio de tanto mal. Ahoguemnos en nuestro corazón esas pequeñas faltas; arranquémoslas de raíz antes que crezcan y seamos dóciles de corazón, dispuestos siempre á cumplir la obediencia, sabiendo que en ella no nos sujetamos á la criatura, sino al Criador; y que cuanto más pobre y de más baja esfera es la persona á quien por amor de Dios obedecemos, tanto la obediencia es más meritoria y á Dios más agradable, como dice nuestro Seráfico P. San Faancisco.

Y basta por hoy: de los otros defectos contra la obediencia, hablaremos otro día. Adiós, y pide por tu afectísimo P.,

FR. A.



XXXVIII

MÁS DEFECTOS CONTRA LA OBEDIENCIA

Obedite... in simplicitate cordis vestri, sicut Christo.

Obedeced... con simplicidad de corazón, como obedeceriais á Cristo.

AD EPH. VI. 5.

RESTIMADA Margarita: Labor ingrata y tarea pesadísima es para mi tratar de los defectos contra la obediencia; pero lo prometí en mi última y me precisa cumplirte la promesa! De las antipatías, críticas y murmuraciones bastante hemos dicho; y de la rebeldía enmascarada que obedece exteriormente, resistiendo con el interior á lo mandado, de esa sólo tengo que decirte que no es un simple defecto contra la obediencia, sino pecado formal y verdadero contra ella. Mostrar desagrado, tristeza ó enfado por lo que á uno le ordenan, es también falta muy considerable, sobre todo si eso da motivo para que el Superior deje de mandar; y de intento he dicho mostrar desagrado ó tristeza, porque sentirlo solamente no sólo no es falta sino que puede ser causa de un vencimiento grande y de un acto de virtud heroico.

Los pretextos y excusas para librarse de la obe-

diencia son también mayor falta de lo que á primera vista parece, y más si esos pretextos y excusas no son verdaderos, como de ordinario acontece; y la prueba de que no son verdaderos la da una triste experiencia de lo que pasa entre religiosas poco amantes de obedecer. Hay unas que, cuando les mandan hacer labores de comunidad, se excusan con sus muchos quehaceres y su falta de tiempo, de tal arte, que es preciso dejarlas por imposible; y esas religiosas tan ocupadas se pasan el año haciendo flores y vanidades para darlas de aguinaldo por Navidad á sus conocidos. ¡Qué tesoro de obediencia amontonarán al cabo del año! He visto otras que, con mucha suavidad, se excusaban de hacer un trabajito indicado por la Superiora, diciendo que estaban muy ocupadas, que lo hiciera Fulana; y mientras esta Fulana lo hizo, ellas estuvieron regando macetas y echando pan á los peces del estanque. ¡Qué modelo de obediencia! ¡Cuántos pretextos falsos y cuántas dobleces de este género hallará el Señor en muchos y en muchas que han profesado obediencia y han hecho renuncia de su propia voluntad! ¡Oh, qué camino tan ancho y tan de perdición es éste! ¡Librete Dios, querida Margarita, de andar por él! Cuando haya un motivo verdadero para dejar de obedecer, exponlo con libertad, y, expuesto tu motivo, haz lo que se te ordene; pero los pretextos mendigados y las excusas falsas estén lejos de ti, porque á los ojos de Dios son verdaderas desobediencias.

Hay otro gran defecto contra la obediencia que no sé qué nombre darle ni cómo calificarlo: defecto que nace del apego de unas religiosas á otras, apego que insensiblemente hace que el alma quite la vista de Dios para ponerla en la criatura, y que mire, más que á la autoridad, á la persona que la ejerce y representa. ¡Oh, cuántos males siembra el demonio entre

las religiosas por este camino! Parecería mentira, si la experiencia no lo enseñara. Acaba una Prelada el tiempo de su oficio, y dos ó tres paniaguadas, que durante aquél han hecho lo que han querido, al ver que con la Prelada entrante no pueden hacer lo que hacían con la saliente, se van á ésta y le dicen con una suavidad de dos mil diablos: «Madre, no se apure S. R., que nosotras somos las mismas; mándenos como antes, que para nosotras S. R. será siempre la madre y nadie más.» Ésta, si es mujer fuerte y de virtud, las mandará á paseo ó les inculcará la sumisión y el cariño á la nueva Prelada; pero si es débil y tonta cree aquellas palabras, cae en el lazo del demonio y se hace cabeza de motín contra la nueva Prelada y contra Dios, á quien representa. Y no se formará una vez la camarilla sin que salgan á relucir los defectos de la Superiora y se haga burla de su modo de proceder.

Para ofuscar más á esas infelices religiosas, el demonio les hará ver todos los defectos aparentes de la que está en lugar de Dios; de tal modo que, aunque pinte santos, serán diablos; y al mismo tiempo presentará á la otra tan perfecta, tan digna de ocupar el primer puesto y tan santa, que no le faltará más que hacer milagros. Y, cuando las cosas llegan á este punto, ya el diablo las tiene cogidas en la trampa de ver en la Prelada no la representante de Dios, sino la mujer llena de faltas y despreciable por sus defectos; mientras que de la otra han hecho su ídolo, al cual veneran como á un semidiós, sin reparar que en ella no adoran más que á sus propias pasiones, la rebeldía, la desobediencia y el *non serviam* del maldito Luzbel.

Esta es una de las causas que dan por resultado los bandos y divisiones, peste de la vida religiosa. Donde tal calamidad exista, miren las hijas del claustro de dónde tuvo principio, y hallarán que provino del

apego de unas cuantas cabezas de ciruelos á la Madre tal ó cual: apego que les vendó los ojos para no ver en la Prelada á la representante de Dios: sino á la rival de su idolillo, y en éste á la Madre necesaria, á la única que puede ocupar dignamente la prelación y llevar adelante el buen nombre de la comunidad. Dios te libre, querida Margarita, de ser ídolo de nadie ni de tener á ninguna ese apego de que te voy hablando. Dios te libre de ver en tu Prelada á la mujer y no á la representante de la Autoridad divina, porque de lo contrario tendrías abierta la puerta y expedito el camino para faltar á la santa obediencia. Mujer por mujer, tanto lo eres tú como la Prelada, y hasta puedes ser más mujer, quiero decir, más alta y más dispuesta que ella; y esto no te moverá á obedecer, sino á replicar en lo que no te guste.

Además, si la miras como mujer, te ocurrirá que como tal puede tener sus defectos, sus aficiones y sus miras particulares; sobre todo, cuando te ordene algo contrario á tu amor propio, que entonces te vendrán á porrillo las razones y réplicas contra lo mandado, y nunca se rendirá tu entendimiento á ello, porque á razones humanas no se rinde fácilmente la soberbia razón de los mortales. Mas si quitas los ojos de eso para ponerlos en lo que representa; si miras que en ella reside la autoridad de Dios; si la tomas como medio de que Jesucristo quiere valerse para manifestarte su voluntad soberana; y si piensas que es el mismo Dios quien te habla por su boca, entonces caen por tierra todas las razones humanas, se rinde con docilidad el juicio, se practica con facilidad la obediencia, y se cierra la puerta á la desobediencia y rebeldía. Este mirar á Dios en la persona del Superior, es un medio muy poderoso para obedecer con perfección, y como tal aconsejado de los santos, desde que el Apostol San Pa-

blo lo dió á los de Efeso en las palabras que puse al frente de ésta: Obedeced... con simplicidad de corazón, como obedeceriais á Cristo.

Hay religiosas que dicen con mucha frecuencia: Aquí no hemos venido más que á obedecer y cumplir en todo la voluntad de Dios! y así lo hacen ellas, mientras que su parecer va adelante; más apenas la prelada con mansedumbre de cordero dice ú ordena otra cosa distinta de la que ellas quieren, todo cambia de aspecto y se revuelven contra la Superiora que así contraría su parecer, llegando hasta perderle el respeto con palabras ásperas y atrevidas, casi con amenazas y movimientos de manos, como acostumbran las mujeres del siglo. Horror! que verdaderamente es horrible que una religiosa pierda el respeto á su Prelada. Si á esta religiosa se le reprende, contesta con mucha frescura: La trato así, porque es mi hermana de noviciado, y tengo con ella mucha confianza. Insensata! y por ser tu hermana de noviciado, deja de ser tu Superiora? Nó ves, ciega, que Dios ha puesto en sus manos el báculo de la prelación? Nó ves que desedificas á las demás y escandalizas á las jóvenes que corren ó anhelan correr como gacelas por el camino de la perfección, humildes y obedientes? Es esto obedecer á la Madre como á Cristo?

El último defecto contra la obediencia y quizás el más frecuente, es procurar con disimulo que el superior condescienda con nosotros y nos mande aquello á que mostramos afición, porque nos gusta y agrada. Engaño grande es este, porque, como enseña San Bernardo, esto no es obedecer al Superior, sino sujetarlo á nuestro querer. ¡Ay de aquel que tiene el cargo, ministerio, ocupación ú oficio que él deseó y procuró! Pensará tal vez que ha hecho algo, que ha trabajado mucho, que ha merecido de la religión, y por ventura

será así á los ojos de los hombres; pero á los de Dios quizás estará vacío de merecimientos y tan lleno de propia voluntad que merecerá por recompensa aquellas palabras del Evangelio: *Recepisti mercedem tuam*. Ya recibiste tu paga.

El religioso que está en el sitio, empleo ó puesto que él se ha procurado, no sé cómo puede vivir tranquilo, ni qué consuelo puede hallar en los tristes azares de la vida. Cuando le suceda algún percance ó las cosas le salgan mal, no tendrá otro remedio que echarse la culpa á sí mismo y exclamar: Bien empleado me está, y bien merecido lo tengo! En este cargo y en este sitio, sé que cumplo mi voluntad, pero no sé si cumplo la de Dios, ó mejor dicho, sé que no la cumplo, y que todo esto me sucede en castigo de mi poca abnegación. Si me hubiera dejado en manos de la obediencia, estaría en otro puesto, en otro lugar, y todo me saldría bien: ¡pero aquí!... *¡juste haec patimur!* bien merezco este castigo.

Mas por el contrario, cuando uno nada busca ni procura, sino que se deja completamente en manos de Dios y ocupa el lugar y empleo que la obediencia le ha mandado, entonces ¡qué paz! ¡qué satisfacción! ¡qué consuelo y confianza se experimenta en las contrariedades de la vida! Oh, qué consolador es para un alma religiosa poder hablar con Dios de esta manera: "Señor, yo no vine aquí por mi gusto, ni estoy en este cargo por voluntad propia: Tú me pusiste en él, tú me trajiste á este sitio. De tu cuenta corre sacarme airoso, ayudarme, defenderme, y cumplirme la palabra que tienes dada de hacer cantar victoria al obediente.,, ¿Hay cosa en el mundo más consoladora que esta para un religioso? Y si no la hay, ¿es posible que las almas religiosas busquen en la obediencia su propio gusto y su propia voluntad? ¿Es posible que no vean en la per-

sona de su prelado la autoridad de Dios, cuyas veces hace? ¿Es posible que se cometan tantos y tan garrafales defectos contra la obediencia santa?

No los cometas tú, mi buena Margarita, sino ejercitate continuamente en obedecer con perfección, en hacer la voluntad de Dios, medio muy poderoso para andar en su divina presencia y encendernos en su santo amor. Que él arda siempre en tu pecho, desea por conclusión tu afectísimo P.

FR. A.



XXXIX

REMEDIOS CONTRA EL MAL DE LA DESOBEDIENCIA.

Per inobedientiam unius hominis peccatores constituti sunt multi.

ROM. V. 19.

Por la desobediencia de uno, todos hemos sido hechos pecadores.

ROM. V. 19

CARÍSIMA en Jesucristo: A tantos males y faltas como hemos descubierto en la desobediencia, justo es que busquemos algún remedio y con él pongamos fin á esta materia. Este remedio existe sin duda alguna en el seno de nuestra religión sacrosanta, donde hay medicina para todas las llagas del alma y antidoto para todas las enfermedades que el hombre contraiga en el orden moral: sólo falta que éste reconozca su dolencia y, una vez conocida, se aplique á sí mismo la medicina, si no encuentra quien haga con él las veces de médico espiritual, duro y compasivo juntamente.

Que la humana naturaleza está enferma por el pecado, es verdad incontestable, y una de las verdades fundamentales de nuestra fe; y la enfermedad crónica de que adolecemos, es la desobediencia, la rebeldía y

la soberbia trasmitida por Adán á su descendencia toda entera. Quizás fué esto lo que nos quiso enseñar el grande Apostol en las palabras que ves al frente de ésta: *Por la desobediencia de uno, todos hemos sido hechos pecadores*; es decir, todos hemos sido hechos desobedientes por la desobediencia de nuestro primer Padre; todos hemos sido manchados con su culpa, todos hemos heredado su flaqueza, todos hemos nacido con su pecado y todos hemos contraído su enfermedad, porque en la constitución de nuestro ser ha entrado un elemento maléfico, una cualidad morbífica, un germen virulento llamado orgullo, el cual destruye la bondad nativa y la perfecta rectitud con que Dios crió al hombre, dejándonos torcidos, inclinados al mal y enfermos con la triste enfermedad del egoísmo, que tiende ridículamente á la independencia absoluta.

Pues conocer esta enfermedad y estar persuadidos de nuestro mal es un gran paso para llegar á sanar, porque interesado está el enfermo en buscar medicina para curarse, y no menos interesado el médico de nuestras almas en propinar á su tiempo el remedio para que consigamos la salud. Un enfermo que siente su mal y conoce su enfermedad, se sújeta de buena gana á la cura por dolorosa que ésta sea, y sigue el tratamiento que se le prescribe sin dejarse llevar de sus apetitos, ni guiarse por sus deseos, sino por el régimen de quien tiene á su cargo curarle. Si le amarga la medicina, si le duele el cauterio, si le atormenta la dieta, si le repugna el purgante, no por eso lo rechaza ni lo tira, sino que apechuga con ello y todo lo sufre y todo lo pasa por conseguir la salud. Y si por acaso el hambre le desvela, y apetece comer frutas ú otros manjares nocivos; si la sed le devora en el ardor de la fiebre, no por eso come ni bebe lo que su apetito demanda, sino que guiado por la razón, se priva de aquello por temor de que le dañe,

haciendo consigo mismo éstas ó parecidas reflexiones: "Como estoy enfermo, no encuentro gusto á la comida sana y provechosa; apetezco todo lo que me puede dañar, y me repugnan las medicinas y manjares que me pueden aprovechar; pero no me conviene dejarme engañar de mi apetito de enfermo, porque de lo contrario la muerte no se hará esperar."

Pues, esta es la cuenta que cada religioso debe echar consigo mismo: y en ella tendrá un remedio seguro para todas las faltas que suelen cometerse contra la santa Obediencia. ¡Oh qué buen remedio es este, cuando se ofrecen juicios y objeciones contra lo mandado! "Mi pobre naturaleza está enferma por el pecado, y mi enfermedad se llama orgullo, ese orgullo de la rebelión que tiende al absurdo de la independencia absoluta: y como enfermo, no sé apetecer sino lo que me daña, ni aborrecer sino lo que me aprovecha. Mi amor propio y mis pasiones desordenadas tienen repugnancia y asco á la medicina de la obediencia, y apetecen la verde fruta del propio querer y de la propia voluntad. No necesito yo más que esto para conocer que mi enfermedad se va agravando, y que empeoraré, si no tomo la medicina, y que moriré si satisfago lo que se le antoja á mi indómita voluntad. A grande mal me expongo, si quebranto el régimen que me ha impuesto el médico de mi alma, y temibles complicaciones tendrá mi enfermedad, si no me sujeto á la obediencia. Corte, pues, el superior por donde quiera y haga lo que guste, que á mí me toca obedecer, seguro de que por ese camino conseguiré mi salud. Tal vez á mi amor propio le parezca que el superior manda sin fundamento; tal vez me quiera hacer creer que este médico de mi alma es cruel, que corta sin compasión, saja sin piedad, aprieta sin temor y se rie de verme sufrir: pero estos son delirios de mi imaginación calenturien-

ta, porque la razón me dice que la verdadera compasión del médico consiste muchas veces en ser cruel, en cortar y apretar la llaga, hasta que salga la podre que encierra y mane sangre pura, única manera de sanar. Y aunque algo de esto que sospecha mi malicia cupiera en el superior, no puede haber jamás en aquel Médico Divino que dirige la cura desde lo alto y ha tomado á éste de aquí abajo por instrumento de mi salud. ¡Vengan, pues, apretones sobre mi llaga! corte, pinche y queme por donde quiera la obediencia santa; priveme de lo que me agrada y mándeme lo que me repugna, que yo, como buen enfermo, me sujetaré á su régimen, lo haré todo, y me privaré de todo, según sus prescripciones: pues sé que por ese medio adquiriré salud robusta, esa salud del alma cuya esencia es la santidad, que tiene por base el sacrificio y por corona el amor divino con sus consuelos inefables."

Estas sólidas reflexiones son medicina segura para todos los juicios que se ofrezcan contra la obediencia; pero no es esto todo, porque así como en las enfermedades corporales la curación depende tanto de la disposición del enfermo como de la práctica y destreza del médico; así también en las enfermedades y miserias de que vamos tratando, la curación radical no depende sólo del que obedece, sino también de quien manda. Buena es y mucho vale la disposición de ánimo en el súbdito; y si la tiene tal como indican las reflexiones que acabo de hacerte, será sin duda buen obediente y cometerá pocos defectos contra su voto; pero no depende todo de él, y si tuviera un superior experto que le ayudara, llegaría á la cumbre de la perfección en esa virtud de la obediencia.

Nuestra voluntad, por causa de la enfermedad de que te vengo hablando, es naturalmente rebelde, indómita, tiesa y poco flexible, como cuero sin curtir ni

sobar; y por eso le repugna la sujeción, la obediencia y la sumisión á todo lo que no sea según su capricho y querer; y esa inflexibilidad, esa tensión y esa dureza no se ablanda ni se doma más que á fuerza de abnegación, á fuerza de violencia, según el aforismo de San Gregorio: *Contrariis contraria curantur*. Es verdad que en esa violencia ha de entrar y no en pequeña dosis el bálsamo de la caridad para suavizarla y que no haya quiebras; pero con todo, así como el aceite solo no bastaría para dar flexibilidad al cuero crudo, sin su correspondiente sobadura; así tampoco la sola dulzura y condescendencia de un Superior no bastaría nunca para rendir la voluntad del súbdito á la perfecta obediencia, si no emplea con él frecuentemente el ejercicio de la abnegación, de modo que en la obediencia no busque otra razón que la obediencia misma.

Bien entendían esta doctrina los santos y maestros de la vida espiritual, y fundados en ella mandaban á sus discípulos cosas que hoy los religiosos superficiales y de poco espíritu llaman ridiculeces. A unos mandaban plantar un palo seco y regarlo muchas veces; á otros sacar agua de un pozo y echarlo en otro; á otros deshacer por la tarde lo que habían hecho por la mañana; á otros plantar la hortaliza con la raíz hacia arriba y las hojas para abajo, como hizo nuestro Padre San Francisco con aquel novicio; y ¡ojalá que este ejercicio de abnegación del propio juicio se usara mucho entre los religiosos en estos desgraciados tiempos de racionalismo y liberalismo! ¡Ojalá que los superiores y maestros de novicios lo emplearan con frecuencia! porque á ello obliga una razón muy poderosa. El nuevo en religión es un arbolito tierno, facil de enderezar, y tomar la forma que se le dé; pero si se le deja crecer según su mala inclinación, torcido se quedará siempre, y cuando más adelante se le quiera enderezar, ya no

será posible; antes se romperá. ¿Cómo es posible que al principio un enfermo tome con gusto medicinas desabridas? ¡Eso nó puede ser! Es preciso acostumbrarle el paladar á esos brebajes tan desabridos, y la costumbre le hará la medicina más llevadera y menos desagradable. De aquí la necesidad de que los superiores usen con los súbditos ese ejercicio de propia abnegación y de vencimiento del propio juicio, alabado y practicado por los santos; que si lo usaran frecuentemente, más florecería la obediencia en el jardín de la Religión.

Parece mentira el poder que la costumbre ejerce en el hombre para contraer vicios ó adquirir virtudes. Pocas cosas hay más desagradables y repugnantes al paladar que el humo del tabaco chupado ó extraído de un cigarro; no hay fumador en el mundo que las primeras veces haya encontrado gusto en esa operación ni le haya sido sabrosa; más aún, no hay uno que al principio de fumar no haya experimentado náuseas, repugnancia y mareo con el humo del tabaco; y sin embargo de eso, repitiendo la operación una y otra vez, todos los días, se acostumbran de tal modo, que la costumbre ejerce sobre ellos un dominio tiránico, que les lleva al extremo de querer más bien carecer de pan que de tabaco, como ellos dicen. Pues si la costumbre hace sabrosa al hombre una cosa de suyo tan desabrida, ¿qué haría la obediencia en los religiosos, si el superior los acostumbrara y les ayudara á negar continuamente su propio querer y su propia voluntad? Por esto te decía que para llegar á la cumbre de esta virtud, necesita el súbdito del superior, como el enfermo del médico; y ojalá que cada maestro de novicios y cada superior monástico fuera un médico que se ejercitara en curar del modo dicho á nuestra enferma naturaleza.

Pidamos, pues, al Señor que nos dé superiores de esta clase; y no hagamos nosotros más pesado su oficio con nuestras quejas y llanto. El superior al mismo tiempo que médico es padre, y para un padre es muy doloroso tener que curar á su hijo y cauterizar sus llagas. Si el hijo se muestra contento, animoso y agradecido, todavía el padre se anima y quema, corta ó aprieta, según la necesidad; pero si el hijo llora, chilla y pone el grito en el cielo, entonces se expone á que el padre, si no es muy animoso, lo deje por imposible, y la enfermedad se haga crónica, y acabe con él. ¡Oh, cuántos viven enfermos por esta causa! ¡Librenos Dios por su misericordia de tal desdicha!

Aquí tienes, pues, Margarita mía, las dos medicinas que unidas entre sí remedian todos los males y defectos contrarios á la obediencia: en nosotros, conocimiento humilde y persuasión íntima de la enfermedad que nos combate; y en el superior brio y energía para curarnos: en nosotros la disposición de ánimo para negar siempre nuestra propia voluntad, sacrificándola en aras de la obediencia; y en él acostumbrarnos á esa abnegación y facilitarnos su ejercicio por medio de una práctica prudente y continuada; y con estas dos cosas tengo por seguro que desaparecerán todas las faltas contrarias á la virtud de la obediencia. Animo, pues, que si tenemos lo primero, lo segundo no puede faltar, porque cuando falta el mandato del superior, tenemos la regla y el horario que nos mandan lo que hemos de hacer cada instante; y podemos tomar sus prescripciones por ejercicio de abnegación y obediencia. Hazlo así, y serás tan perfecta en este punto como desea tu afectísimo Padre,

FR. A.



XL

LA OBSERVANCIA REGULAR.

Lignum vitae est iis qui tenuerint eam.

Arbol de vida es para los que la posean.

PROV. 3.

DEVOTA sierva de Cristo: Hablando Salomón de la Sabiduría, entre otros muchos elogios que de ella hace, dice que es arbol de vida para los que la tengan. La sabiduría del religioso, como tal, consiste en saber ser buen religioso, es decir, en observar bien las leyes de su estado, de modo que se santifique y conquiste el cielo; porque

La ciencia calificada
es que el hombre en gracia acabe,
pues al fin de esta jornada
aquél que se salva, sabe,
y el que no, no sabe nada.

Siendo, pues, la sabiduría para el hombre arbol de vida y consistiendo la sabiduría del religioso en la práctica de la observancia regular, síguese por consecuencia forzosa que ésta es para nosotros el arbol de vida plantado por Dios en el paraíso de la Religión.